

Mónica María del Valle Idárraga

**Ineke Phaf-Rheinberger (ed.)**

***Historias enredadas. Representaciones asimétricas con vista al Atlántico***

Berlín: Edition Tranvía-Verlag Walter Frey, 2011, 194 págs.

Mónica María del Valle Idárraga es profesora asociada de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad de la Salle, Bogotá. PhD en estudios culturales hispánicos (Michigan State University). Publicaciones: “Re-visionarios contra archiveros: poéticas adánicas en el Caribe” (2011), “Escenario edénico y naturaleza prístina en *Sail Ahoy!!! ¡Vela a la vista!*, y *The Spirit of Persistence*, de Hazel Robinson Abrahams: dos formas de recuperar una isla colonizada” (2011), *Elogio de la creolidad* (traducción con Gertrude Martin Laprade, Ed. Javeriana, 2011), *La poética política de José Lezama Lima. Imagen y vacío en sus críticas de arte* (Ed. Universidad de Antioquia, 2010). Coordinadora de la línea de investigación Gran Caribe ([www.investigarcaribe.com](http://www.investigarcaribe.com)). Correos electrónicos: [mmdvalle@unisalle.edu.co](mailto:mmdvalle@unisalle.edu.co), y [monicatraductora@gmail.com](mailto:monicatraductora@gmail.com)

*Historias enredadas* ES una onda de dispersión temática y geográfica a partir de un punto común: el tema afro. Esta dispersión es un gesto consciente, a tono con los actuales estudios en el campo de las diásporas, y justificado plenamente en la introducción que hace al libro su editora, la reconocida investigadora Ineke Phaf-Rheinberger. Esta “nueva orientación al cambio del paradigma global” (20), que convoca tanto a los estudios históricos, ambientales y geográficos como a los literarios, privilegia los entrecruzamientos, las conexiones, los impactos mutuos (sin negar los desequilibrios) entre las fuerzas implicadas, en lugar de considerar eurocéntricamente las relaciones entre África, Europa, Asia, el Caribe y Latinoamérica. De ahí que el océano como caudal comunicante sea una metáfora idónea y poderosa para aludir a esas intersecciones.

Los ocho artículos incluidos en el libro comparten el propósito de analizar una asimetría, una desigualdad, en algún sentido; todos se sitúan en el polo menos visible de la relación para proyectar a otra luz ese desbalance de fuerzas; los más comparten el objetivo de pensar lo afrodiaspórico en su problemática actual aunque el punto de partida sea el siglo XVII o el París de los años 60. El panorama geográfico y cultural que delinea el libro, en la suma de sus artículos, resalta, a la vez que las supervivencias, las transformaciones y adaptaciones de lo afrodescendiente.

Además de su aliento comparado, un valor de este libro es la apertura a géneros heterodoxos, generalmente no considerados “académicos”: como la entrevista. Lo es también, en suma medida, su enfoque multidisciplinar: entre los artículos más interesantes están el de Ana Crespo Solana, especialista en historia del comercio y redes mercantiles en el mundo atlántico, titulado “La sociedad de Surinam (1680-1795). La colonia privada y el desarrollo histórico de una asimetría socioétnica” y “Contra el autoengaño. Las correspondencias de Guido Llinás en el París de la década de 1960”, del catedrático de literatura y artes latinoamericanas Christoph Singler.

*Historias enredadas* resuena en la línea de trabajo de la Asociación de Estudios del Caribe (Socare es su sigla en inglés), en Berlín, cuyo objetivo se condensa nítidamente en la página en Internet de la asociación: “Buscamos actualmente reunir investigaciones sobre el Gran Caribe en una *perspectiva global, hemisférica y local, incluyendo las comunidades de la diáspora en el Caribe y fuera de él, en centros bien conocidos y fuera de ellos*” (énfasis mío). En los orígenes de la asociación –de la cual la editora es miembro honoraria– está el trabajo del crítico argentino Alejandro Losada (quien durante su exilio fue profesor del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Libre de Berlín) y el de otros representantes del llamado pensamiento crítico latinoamericano como Ana Pizarro

y Ángel Rama, algunos de los cuales veían en el Caribe un punto indispensable de conversación para la reflexión descolonizadora. Las manifestaciones actuales de ese pensamiento en la voz de autores como Aníbal Quijano se han sumado, a juzgar por la introducción del libro, a aportes como el de Mary Louise Pratt y su “zona de contacto” o el de Paul Gilroy con su modo de pensar la diáspora. Otro libro reciente de integrantes de la asociación es *El Caribe y sus diásporas: cartografía de saberes y prácticas culturales* (Verbum, 2011), donde, además de la editora y del ya mencionado Christopher Singler, participa otra articulista de *Historias enredadas*: Marie-José Nzungou-Tayo, al lado de algunos especialistas con los cuales los lectores de temas del Caribe y Latinoamérica estarán familiarizados: Jorge Duany, George Yúdice, Néstor E. Rodríguez, entre otros. La aparente disparidad teórica cobra así un sentido. Y explica, como toda genealogía, las exclusiones que llaman la atención: el libro declara su sesgo anglo-hispano, que se aprecia en la ausencia de Édouard Glissant, por ejemplo, como guía conceptual, salvo en el caso del texto de Marie-José Nzungou-Tayo, profesora de francés en la Universidad de West Indies. También en esto el libro se revela como un libro actual, en la medida en que una de las falencias en los estudios sobre el Caribe y Latinoamérica que los académicos han venido señalando en conferencias y textos es el aislamiento teórico o la preferencia casi endogámica por las teorías y los críticos de dentro del mismo ámbito lingüístico, una preferencia que aqueja incluso a los escritores, como ha señalado por ejemplo Silvio Torres-Saillant en un número anterior de *Cuadernos de Literatura*. Pese a esto, *Historias enredadas* logra su propósito de apuntalar, para beneficio de los lectores, un mapa de fenómenos relacionados con la literatura y las artes, la historia y las religiones sobre el eje afrodiaspórico.

Lo que los lectores podrán disfrutar en este libro son lecturas que hacen el esfuerzo –y lo logran en su mayoría– de revisar conceptos, concepciones, ideas sobre lo afrodescendiente y que, al mismo tiempo que trabajan un foco concreto, sugieren por efecto o explícitamente comparaciones con otros ámbitos del Caribe o Latinoamérica. Así, Félix Ayoh’OMIDIRE, en “La identidad frente al poder. La asimetría de Yemayá en África y América Latina”, sitúa algunas transformaciones del culto a Yemayá en Salvador y Cuba, para resaltar las adaptaciones y pervivencias de esta diosa yorubá –“quizá la única diosa africana en Brasil cuya fiesta no se esconde tras una manifestación católica”, dice citando a Wilson Caetano de Sousa (158)–. En el culto a Yemayá se observan detalles importantes, como la preeminencia que adquieren los orishas sobre los santos católicos, o los cambios en la comida ritual de la diosa, transformaciones que para el autor constituyen “una prueba importante de la resistencia de los negros en la diáspora, donde lucharon

con determinación para no dejar morir su cultura, su religión, su cosmovisión” (153-154).

“Barroco andino y Pacífico negro”, de la editora, hace un salto (atrevido, sugerente y que considero fructífero) no solo en cronologías, sino también en objetos de análisis, pues se ocupa de la monja colonial Úrsula de Jesús (una monja *donada*, es decir, una esclava regalada con dote al convento de Santa Clara en Perú), de la cantante Susana Baca y otros personajes involucrados en el renacimiento afroperuano y de la novela *Malambo* de Lucía Charún-Illescas. Con este recorrido, Ineke Phaf-Rheinberger muestra huellas afroperuanas que siguen palpitantes, a la vez que evidencia cómo se materializa y cobra cuerpo, en este caso femenino y negro, esa “otra ciudad” que según Ángel Rama quedaba en los márgenes de la ciudad letrada: que era cutáneamente diversa, a menudo femenina, languaraz y que estaba manifiesta en formas no necesariamente escritas.

“De ‘negros’ y ‘mulatos’ en la literatura cubana contemporánea”, de Silvia Valero, analiza en detalle los procedimientos y fines de la representación de estos dos personajes en una obra de Eliseo Altunaga y una de Marta Rojas, obras que entran a la liza de las “batallas por la memoria histórica” (119) al ocuparse de la representación del “negro” o el “mulato” en el momento de la Colonia pero con miras firmes a participar en la discusión sobre el polémico y actual tema del racismo en Cuba y, aparejado, el de esos componentes en la identidad cubana.

El ya mencionado texto sobre el pintor afrocubano Guido Llinás contribuye a desestabilizar ideas de arte “nacional” al explorar la vida y la obra de este artista desde los años 1960 y luego durante sus 42 años de exilio. Singler hace un trabajo magnífico de trazado de los avatares vitales y de ideario estético de Llinás, así como del mundo de las artes en la Cuba revolucionaria con su resistencia al arte abstracto, y logra mostrar en la lectura de la correspondencia de Llinás con Raúl Martínez, Calvert Casey y Antonia Eiriz que “estas cartas [no solo influyeron en la producción parisina del artista, sino que también] poseen gran valor heurístico para estudiar las prácticas estéticas en situación diaspórica de exilio” (85). La “pintura negra” de Llinás, realizada al calor del grupo de los letristas, aparece así en hondo contraste con la “pintura roja” de sus años iniciales en Cuba.

Con base en herramientas muy clásicas de los estudios literarios, Thomas Rothe, en “Un sentido elegíaco cubano. La elegía como gesto transcultural en *Carbones silvestres*, de Nancy Morejón”, y Marie-José Nzengou-Tayo, en “Prejuicios acerca de la independencia haitiana. *Viento Negro*, *Bosque del Caimán* de Carlos Esteban Deive”, exponen, respectivamente, dos subversiones: por un lado, el uso que hace la poeta cubana, en ese poemario, de una forma clásica como la elegía para hablar de la memoria afrocubana. Y en el caso de Deive, la visión

de la historia desde el plano de la ficción (por parte de un escritor que es también antropólogo), con miras a explorar el modo prejuiciado, racializado, como desde la contracara de Haití, la otra mitad de la isla, pudo haberse percibido la Revolución haitiana. Este prejuicio racializado es así mismo el foco del trabajo de Claudia Ormeño Espinosa, “Relectura de *El Periquillo Sarniento*. Discurso crítico y desestabilización de la crítica literaria latinoamericana”, que aunque pasa por alto las agudas afirmaciones que ya había hecho Rafael Gutiérrez Girardot sobre *El periquillo* en la misma dirección en la que ella lleva su texto, analiza muy acertadamente los pasajes del tomo censurado en lo que tiene que ver con la adopción de la forma picaresca, no como herencia literaria colonial sino como medio inmejorable para la crítica que Lizardi perseguía.

El fabuloso artículo de Ana Crespo Solana, sobre la Guayana holandesa, denso en bibliografía y claro en la figuración de un escenario complejo, ayuda a entender el porqué de la visión de Surinam como una “isla metafórica”: el modo como se pobló, las gentes que llegaron para ello y las que se desplazaron a los márgenes como consecuencia de esto, la relación de Surinam con las tierras de adentro de Venezuela, y con las colonias inglesas y francesas, y en especial, el carácter sui géneris del tipo de capital que participó en su desarrollo interno en cuanto especie de colonia privada “marcan una diferencia sustancial con otros modelos, especialmente el hispano” (29).

*Historias enredadas* incluye la traducción (e introducción) de un relato del tanzano Freddy Macha (“Año nuevo”), hecha por Lutz Diegner, y una entrevista con el escritor nigeriano E. E. Sule, de visita en Berlín (“Asimetrías de la poética del mar”). Estos dos textos contrastan en cuanto a la visión de Latinoamérica y el Caribe por parte de sus autores. La entrevista, por su mismo carácter, deja claros los puntos de vista del autor sobre Latinoamérica y el Caribe, sobre las teorías, la oralidad, el poscolonialismo como teoría colonizadora, sobre el mar, sobre estos intentos de situarse en el otro punto de las asimetrías. Las ideas de Sule sobre Brathwaite, Walcott, Neruda y García Márquez, por ejemplo, como escritores que influyeron en los escritores africanos (188), son interesantes por lo menos como punto de partida para una exploración literaria en ruta inversa, que sería el segundo paso de un libro como este. La mirada del narrador de Macha sobre el Brasil contemporáneo repite en apariencia, sin embargo, los lugares comunes, etnocéntricos, de la degradación, la pobreza, la violencia y el fanatismo religioso en Pernambués. Y se necesita más que la introducción de Diegner a fin de situar esta narración y sus supuestos, para lectores no familiarizados con el trabajo del tanzano. Esta traducción del suajili (hecha por Lutz Diegner, Britt Düker y Martha Torres), que debe haber sido difícil (la tesitura del texto nos

deja cavilando sobre si ese sabor le viene del tipo de trabajos de Macha o si es resultado de la traducción), hace que nos preguntemos también si todos los textos fueron escritos originalmente en español, pese a los trasfondos lingüísticos diversos de los autores.

No obstante, estos detalles son nimiedades en el proyecto de *Historias enredadas*, que, en el marco de las pesquisas de esas poéticas del mar que menciona la editora, se detiene en nudos y conexiones, muestra huellas y voces, abre algunos puertos desde los cuales zarpar.

#### **Obras citadas**

Phaf-Rheinberger, Ineke (ed.). *Historias enredadas. Representaciones asimétricas con vista al Atlántico*. Berlín: Edition Tranvía-Verlag Walter Frey, 2011.

Society of Caribbean Research (Socare). "About Socare". En: <http://www.caribbeanresearch.net/en/about-socare> (10/01/2013).